

bre, segun vemos en las epístolas de Quijada y Mathys á Valladolid, confesóse y comulgó, muy contento y holgadísimo de haberlo hecho en plena posesion de sí mismo. A las ocho y media le sangraron, sacándole diez onzas de sangre negra y corrupta. Esta sangría, por el pronto, alivió un tanto al enfermo, quien comió, á eso de las once, acompañando la comida con cerveza y vino aguado. Luego se durmió en sueño tranquilo sin pesadillas ni visiones. Sangráronle de nuevo con harto contento de Carlos, quien dijo que quisiera le hubieran sacado mas cantidad de sangre, pues se sentia ser lleno de ella. Mas bien pronto á estas sangrías siguieron nuevos parasismos. El calor fué tanto en esta crisis, que bebió ocho onzas de agua con jarabe de vinagre, nueve onzas de cerveza, desnudándose de su camiseta, de sus calcetines, de toda ropa interior, excepto la camisa, y pidiendo que le dejaran sobre el cuerpo tan solo una ligerísima cubierta de seda. Aquella crisis terminó por evacuaciones pútridas y vómitos biliosos. Viéndose anochecer así, despues de haber arreglado sus mandas, no se curó de otra cosa que de la sepultura de su cuerpo. Primero, hallándose allá en Bruselas, habia pensado descansar junto á la Emperatriz en la capilla real de Granada, donde tambien dormian, bajo aquellos magníficos sarcófagos del Renacimiento, los reyes sus padres, junto á los reyes sus abuelos. En Yuste cambió de parecer, y quiso dormir en el sitio mismo, donde iba por la voluntad de Dios á espirar; y prescribió el que llevaran junto á sus restos los restos de la Emperatriz Isabel. Mas como quiera que le presentara Quijada varias observaciones, fió la resolucion última de tal asunto á la voluntad soberana de su hijo; y previno que interinamente lo depositaran bajo el altar mayor de manera que pudiese tener el sacerdote al consagrar la hostia los piés sobre su pecho. Resuelto ya el lugar de su enterramiento, fué tomando las últimas disposiciones, á saber, consagracion de treinta mil ducados al rescate de cautivos, dotes á doncellas pobres, limosna á necesitados vergonzantes, servicios divinos por su eterno descanso en todos los monasterios y en todas las parroquias, misas perpetuas. Y en efecto, necesitaba disponer todo esto; porque, á mas andar, y entre alternativas continuas, se acercaba ya la muerte.

El 7 de setiembre la inflamacion interior de su cuerpo se le asomó á la boca, hinchada y dolorosísima. Sufrió el 8 un ataque violento, del cual salió

con la faz enteramente cadavérica. No obstante los asaltos de la que pudiéramos llamar su agonía, oyó el 9 la lectura de su codicilo y llamó el 10 á Garcilaso de la Vega para que le hablase de los encargos confiados á su celo en Cigales, donde, como sabemos, moraba la reina viuda de Hungría. Esta, que habia recibido la visita del arzobispo Carranza, recién llegado de Bruselas, para conjurarla con grandes conminaciones á fin de que se hiciese cargo del gobierno en los Países Bajos, no habia de modo alguno asentido, fundada en sus achaques y en sus tristezas que la traian abstraída de las cosas del mundo y absorta en las cosas del cielo. Felipe II, pues, nada consiguió de su tia. Mas resuelta, desde su niñez, á obedecer al hermano querido, en quien habia visto siempre un segundo padre, oiria las instancias del Emperador, personándose, por algun tiempo, en Flandes, á fin de iluminar á su sobrino con sus consejos en las primeras resoluciones y sostenerlo con sus fuerzas, siquier abatidas y enfermas. Una de las últimas alegrías para el Emperador en este mundo fué de seguro el consentimiento de aquella hermana querida, pues se sonrió con verdadera satisfaccion al saberlo; mientras que volvió la cabeza con imperio al notificarle la demanda de autorizacion elevada por su hija la gobernadora para ir á Yuste, y recoger la última palabra y la última voluntad de su padre, negándose absolutamente á ello.

El 11 de setiembre cayó en una extrema debilidad, que parecia la muerte. Y en esta debilidad se halló hasta el día 16, en que llegó un correo de la reina Catalina su hermana con anuncio de haber ordenado rogativas por la salud imperial en todas las iglesias de Portugal. Mejoróse un poco; mas fué aquella la mejoría de la muerte. Agitaciones cuasi epilépticas, fiebres de altura desmedida, vómitos de bilis negra, inflamacion horrible de la boca, delirios increíbles anunciaban el próximo inevitable fin. Así es que el 19 hubo una grande porfía entre los médicos y el mayordomo mayor, deseosos aquellos de darle la Extremauncion, y empeñado en lo contrario éste por miedo á que lo acongojaran sin necesidad y sin motivo. El buen mayordomo Quijada defendia la vida de su amo como un perro, y exclamaba, cuando los doctores proponian alguna resolucion extrema, que si los hubiera dejado, lo enterrarán mas de tres veces antes de muerto. Por fin, á las nueve de la noche se rindió Quijada, y el confesor Regla entró en la estancia con la Extre-

mauncion en sus manos, aplicándola fervoroso al moribundo César. El mayordomo no podía sufrir aquel espectáculo. Habiéndole visto atravesar tantas veces las nubes de humo en los campos de batalla como un Dios inmortal; rodeado de cadáveres, y él erguido siempre y superior á la fatalidad y al destino, creía que la muerte, acechándole como á todos los demás mortales, no se atrevería de ningun modo á concluir para siempre con aquella gigantesca personalidad, á la cual rindieron párias y vasallaje dos mundos. Así, cuando los médicos anunciaban que iba el enfermo á espirar muy pronto, sostenía él que le quedaba de seguro algun tiempo de vida, pues, antes de apagarse para siempre, habia de lanzar alguna llamarada deslumbrante aquel extraordinario genio. En efecto, las intuiciones del sentimiento adivinaron mas y supieron mas que todas las ideas del humano saber. Aunque no le hallaban el pulso los médicos y le decían las oraciones de los muertos los monjes, recobró el 20 de setiembre, al amanecer, el sentido y el habla, sin que le abandonaran ni un minuto hasta el postrer instante de su gloriosa existencia.

Pero, al recobrar el habla y el sentido, fué para reconcentrarse todo entero en los pensamientos relativos á la eternidad. Su propio esfuerzo, y la pródiga misericordia con que naturaleza engaña fácilmente á los moribundos, sirviéronle para disponer hasta las minuciosidades últimas preparatorias de su definitivo y eternal viaje. Lo primero que hizo, en cuanto recobró sentido y vista fué mirar el gran número de personas que le circuián, y despedirlas seguidamente, con excepcion del afligido y desgarrado Quijada. En cuanto se vieron solos el ilustre gentil-hombre cayó de hinojos al pié del lecho imperial; hundió el rostro en la cubierta, y lanzó tales sollozos que tuvo necesidad Carlos V de consolarle y sostenerle. El Emperador habia ya muerto con los últimos consejos dados á su hermana la de Hungría; pero aun quedaba el padre dentro de aquella naturaleza en ruina; y el padre algo debia decir á sus hijos en los últimos instantes. Recomendó, pues, al mas poderoso de todos ellos, á Felipe II, sus servidores mas adictos, y el cuidado de sus hermanos mas infelices, el natural Juan de Austria y la desgraciada reina de Bohemia desatendida y desairada por su ingrato esposo. Dicho esto, y dadas las supremas recomendaciones de la muerte al amigo sobreviviente, murió el padre tambien como antes habia muerto el Emperador, y solo quedó en lo

supremo de tal agonía el cristiano. Ya no tenia, pues, Carlos otra cosa que hacer, sino apercibirse á la muerte. Entraron, pues, en su estancia, con luces en las manos y salmos en los labios, todos los frailes del monasterio, acompañando á Juan de Regla, quien llevaba la hostia sacratísima. Carlos V aun tuvo fuerzas para incorporar la cabeza de las almohadas, y recibir el Viático, diciendo á grandes voces que á Dios encomendaba su alma. Quiso luego atentamente oír la misa en el modesto altar, que al pié de su lecho se levantaba; y como llegase á la hora de consumir el celebrante á pronunciar el *Agnus Dei*, que ha borrado las culpas del mundo, Carlos se golpeó con su mano trémula el pecho en que iba la respiracion extinguiéndose y parándose los latidos del sentimiento. Durante veinticuatro horas los monjes le sostenian y exhortaban, leyéndole cuantas lecturas piadosas él pedia. De tal suerte quiso escuchar la Pasion de Cristo en el Evangelio de San Lucas; y conforme se la recitaban, la oía con las manos juntas y la cabeza baja. Sus ojos, incapacitados ya de ver la luz, por casi extintos, cerrábanse á la fuerza del mal. Pero en cuanto el nombre de Dios se pronunciaba en los rezos, abríanse con una expresion mística tal que verdaderamente reverberaba la claridad del cielo espiritual y los albores sonrosados de otra vida mejor.

En esto llegó á Yuste, donde tenia ministerios que desempeñar y encargos que hacer, por comision de Felipe II, á quien viera en Flandes, el arzobispo primado, fray Bartolomé de Carranza. Devoto suyo el Emperador en otro tiempo, á causa de su virtud reconocida y de su profundo saber, tenía ahora, en la sazón de su agonía, mucho menos cariño y mucha menos admiracion. Dos causas capitales determinaban este cambio de afectos. Impelido por Carlos V para que aceptase así el Obispado de Cuzco primero, como despues el Obispado de Canarias, negóse Carranza, invocando la humildad cristiana con tenacidad, hasta el día de su presentacion al mayor arzobispado de España. Luego, estando ya el Emperador en Yuste, comunicóle reservadamente su hija los rumores varios, y muy acreditados, respecto á su ortodoxia, enflaquecida por luteranas ideas. El desprecio á los obispados menores, y el aprecio al arzobispado primero; el cambio de una ortodoxia exaltadísima en una heterodoxia manifiesta, menguaron mucho los naturales afectos de Carlos por Carranza. Cosa extrañísima en verdad la traza que se habia dado